

El albacea de la niebla*

Kafka nos devolvió las palabras. Sin él, dudo de que hubiéramos podido elevarnos más allá de los recovecos de una sola palabra. Para nosotros no era solamente un maestro, sino un redentor.

Aharon Appelfeld (Escritor judío salvado de los nazis, que asesinaron a toda su familia).

En estos últimos tiempos los muchos admiradores de Franz Kafka en España estamos de parabienes. A la edición de *Cartas a los padres*, ya comentada en un número anterior de *Cuadernos*, se añade ahora *Cartas a Max Brod (1904-1924)*. Es importante reiterar que son justamente las cartas del genial escritor judío —junto a sus *Diarios*— quienes mejor nos dibujan la poderosa y fascinante personalidad del autor de *El proceso*. Porque es en esas instancias de concreta soledad donde el rostro del Otro no nos exige o atemoriza por su sola presencia, en las que Kafka —igual le sucedía respecto de la mujer— podía dar rienda suelta a sus sentimientos más auténticos. «Cuando hablamos —dice en carta a su amigo Oskar Pollak— las palabras son duras, pisamos sobre ellas como si fuesen un pavimento inestable. Las cosas más sutiles adquieran pies torpes y no podemos hacer nada por remediarlo. Nos interponemos casi en el camino del otro. Tropiezo contigo, y tú... No me atrevo, y tú...» (4.2.1902). En el caso que nos ocupa —su vínculo con Max Brod— dadas las hondas relaciones de amistad entre los dos escritores, el dibujo se hace aún más apasionante y gráfico. Una vez más, Kafka —a quien se le ha adjudicado la pasión de preservarse a fondo de los demás— reitera su siempre urgente necesidad de comunicación, su imperiosa inclinación a escribirlo todo, sus sentimientos, angustias y perplejidades de auténtico escritor. Su in-

cansable búsqueda de reconciliación final con el mundo. Porque justamente era su amor por la palabra escrita (auténticas pinceladas metafísicas) su instrumento de expresión infatigable y el que le hizo escribir tantas veces estos latidos conmovedores: «Escribir me permite seguir viviendo, pero es más preciso decir que me permite seguir viviendo este tipo de vida. Con lo cual naturalmente no quiere decir que es mejor si no escribo. No, en ese caso es aún peor y absolutamente insoportable y tiene que acabar en la locura. Pero únicamente bajo la condición de que yo soy un escritor, lo que de hecho soy aunque no escriba, y en cualquier caso un escritor que no escribe es un absurdo que desafía a la locura. Pero, ¿cómo es propiamente lo de ser escritor? Escribir representa una recompensa dulce, maravillosa, pero ¿recompensa de qué? Durante la noche vi con tanta nitidez, como en una lección de carácter objetivo, que es una recompensa por un servicio al demonio. Este descender hacia las fuerzas oscuras, este liberar la naturaleza de espíritus encadenados, abrazos sospechosos y todo lo que pueda ocurrir abajo, acerca de lo que arriba no se sabe nada mientras se escriben historias a la luz del sol. Quizá también haya otra forma de escribir. Yo sólo conozco ésta, de noche, cuando el miedo no me deja dormir, sólo conozco ésta».

Max Brod fue una figura altamente popular y exitosa en los medios pensantes checoslovacos de lengua alemana desde los comienzos del siglo hasta su radicación en Israel en 1939. Transitó diversos géneros (desde el ensayo filosófico al teatro y la novela) y fue, en vida, un intelectual de éxito. Pero la eternidad, que dicta leyes muchas veces sorprendentes para la contemporaneidad de los protagonistas —leyes casi siempre justicieras— hace que se lo recuerde como el primer biógrafo de Kafka: lúcido, sensato e indócil albacea que, para agradecimiento de todos nosotros, se encargó de recopilar sus diarios, correspondencia y manuscritos inéditos y de cuidar la edición de sus obras completas, desobedeciendo el mandato de su amigo: «Todos los objetos que yo deje al morir (o que estén en las cajas de libros, en el armario ropero, en la mesa escritorio de casa y en la de la oficina, o dondequiera que tales cosas puedan ser guardadas y tú

* A propósito de la edición en español de *Cartas a Max Brod (1904-1924)* de Franz Kafka. 334 páginas. Grijalbo Mondadori Editores, 1992.

tengas constancia de ello), lo que se encuentre de mis diarios, originales, cartas propias y ajenas, dibujos, etc., debe ser totalmente reducido a cenizas sin haber sido leído» (29 de noviembre de 1922).

Las cartas son un emocionante testimonio de esa relación donde la mirada siempre inédita de Kafka, su perspicacia sublime y su hábito metafísico, se reflejan con absoluta armonía en el carácter realista, fraterno y muchas veces ambicioso de su amigo Max.

Su amistad con Brod se inició el 23 de octubre de 1902. Un año más joven que Kafka, Brod era de baja estatura, con una grave deformación de su columna vertebral que resaltaba aún más su poca talla. Se conocieron en la sala de conferencias y lectura de la Confederación de Estudiantes Alemanes. Salvo los nacionalistas antisemitas y los judíos ortodoxos, el resto de los estudiantes se afiliaban a dicha Confederación una vez superados los estudios secundarios. Un día, Brod, que cursaba el primer año universitario, leyó allí un pequeño ensayo sobre Schopenhauer, en el que hacía su elogio, al mismo tiempo que trataba a Federico Nietzsche como un «estafador». Kafka se quedó tan impactado por la drasticidad de Brod que, venciendo su timidez, acompañó a éste a su casa mientras le discutía el rigor de sus palabras. La charla derivó hacia otras discrepancias literarias y Brod recuerda que Kafka citó una frase de Hofmannsthal («El olor de la piedra húmeda en un vestíbulo») y luego se quedó largo rato sin añadir nada más, como si aquella enigmática frase pudiera hablar por sí misma. Dice Brod muchos años después: «Aquello me causó tan honda impresión que todavía recuerdo la calle y la casa delante de la cual la conversación tuvo lugar». Pese a que la memoria de Brod no fue siempre prolijamente fiel (por ej. la frase de Hofmannsthal es de una obra de 1904 y mal podía citarla Kafka en 1902) lo significativo es el recuerdo de aquella impresión del encuentro entre dos seres que comenzaban su larga y entrañable andadura por la vida. Es necesario decir, además, que Brod era pianista y compositor y Kafka asistió a conciertos en los que su amigo interpretaba a los clásicos o daba a conocer sus obras, pese a que la música para Kafka —como para Sigmund Freud— era territorio vedado e inaccesible.

Agrega Brod que la auténtica amistad tuvo su acta fundacional cuando concertaron un pacto para impedir que

enmoheciesen sus conocimientos de griego: «Leímos juntos el *Protágoras* de Platón con ayuda de una traducción y nuestro diccionario del Instituto, pero a menudo con gran dificultad... Lo que más nos gustaba era la descripción pintoresca e injuriosa de las actividades de los sofistas y la ironía platónico-socrática». Leyeron también juntos a Flaubert. Habrían de transcurrir años antes de que Kafka se confiara a Brod de una manera entregada y absoluta. Estas cartas lo testimonian. Todas las peripecias de la vida de Kafka (su obstinado insomnio, su oficinofobia cotidiana, sus conflictos parentales, su aversión matrimonial, sus amores frustrados, su asfixia en los engranajes sociales, su impotencia ante la posibilidad de la huida, su tuberculosis inexorable y a la vez su hipocondría como tormentoso vínculo con la muerte, su judaísmo interrogante, su increíble pudor, su alegría fraternal contagiosa, su mandato literario), todas las peripecias de aquella complejísima personalidad, digo, desfilan por estas páginas estremecidas.

Algunos críticos han señalado, para mí con arbitrario énfasis, que la amistad de Kafka y Brod adoleció de distancia afectiva, juicio que basan en palabras de Kafka a Felice Bauer: «Nunca he tenido con él una de esas conversaciones en las que uno pone todo su ser en tensión». Pese a este ocasional testimonio (Kafka se contradijo repetidas veces respecto de todos los seres que lo rodearon), lo cierto es que dicha amistad fue honda y sincera. El mismo Walter Benjamin, con su agudeza habitual, ha señalado: «Su amistad con Brod tuvo por tanto ese sentido provechoso. No fue otra cosa que un orden, una especie de pacto secreto, una amistad entre escritores, profunda y basada en la confianza, que se desarrolló totalmente bajo el signo de su mutua labor creadora». Un pacto secreto, señala Benjamin. ¿Y qué es realmente una amistad auténtica sino un pacto secreto entre dos seres recíprocamente necesitados?

Ya en los primeros momentos de dicha amistad, escribía Brod en su diario: «Este no es un caso de escritor de talento, en el sentido corriente de la palabra, sino que aquí hay que hablar directamente de genialidad (...) Veo en Kafka al mayor escritor que ha producido nuestra época». Además, el conocimiento profundo que Brod tenía de Kafka —de sus timideces, de su perfeccionismo, de sus reticencias obsesivas— lo hizo transformarse en su autopromulgado «mediador» ante la sociedad, an-

te los directores de publicaciones y editores de la época («Yo me encargaré personalmente de llevar tu causa a buen fin», le escribe). En su afán de hacer justicia, Brod «perpetra» un acto inédito en la historia de la literatura: en el semanario literario berlinés *Die Gegenwart*, el 9 de febrero de 1907 y a raíz de un comentario bibliográfico sobre un libro de Franz Blei (*Der dunkle Weg*), escribe: «Es un signo del alto nivel cultural alcanzado actualmente en la literatura alemana la prueba de que tenemos a algunos que alcanzan a ese nivel y ornan las facetas más variadas de la existencia con su arte y su crueldad. Heinrich Mann, Wedekind, Meyrink, Franz Kafka y otros más pertenecen al grupo de los consagrados». ¿Es preciso señalar que hasta ese momento Franz Kafka no había publicado ni una sola línea? «Querido Max: supone un esfuerzo quitarme mis andrajos durante el día y vestir un traje de calle; por eso tengo que vivir como un animal nocturno» (Praga, 29.5.1906). Y un año más tarde: «Puesto que conozco la indecisión, no conozco otra cosa, pero cuando algo me requiere, caigo en mil nimiedades previas totalmente cansado, en parte por la inclinación y en parte por la duda: yo no podría resistir la decisión del mundo» (Triesch, 15.8.1907). Y en la misma carta: «Ando mucho en moto, me baño mucho, me tiendo desnudo en el prado junto al lago, estoy hasta la medianoche en el parque con una muchacha fastidiosamente enamorada (...) he bebido mucha cerveza y también he estado en el templo», para agregar algo más adelante (Praga, 9.1908): «es tan imperiosa la necesidad de buscar a alguien únicamente para que me toque con cariño, que ayer estuve con una prostituta en el hotel».

Progresivamente Kafka y Brod van trazando el itinerario de una búsqueda recíproca donde la amistad se fortalece día a día. «Necesito tu ayuda. Si hay 8 personas en el contexto de una conversación, cuándo y cómo se ha de hacer uso de la palabra para no parecer callado» o «Qué relación más hermosa la que comienza de este modo» o «Mañana me regalaré un lavado de estómago. Intuyo que saldrán cosas repugnantes» o esta conmovedora carta desde Praga del 27.5.1910 a raíz del cumpleaños de Brod: «Praga, 27.5.1910. Aquí tienes, querido Max, dos libros y una piedrecita. Para tu cumpleaños siempre me he empeñado en encontrar algo que, por su neutralidad, no pueda cambiar, no se pueda perder, no se pueda deteriorar y no pueda olvidarse. Y después de

haber pensado durante meses no encontraba otra solución que enviarte un libro. Pero lo de los libros es una plaga (...) En otra ocasión olvidé intencionadamente tu cumpleaños, aquello fue mejor que enviar un libro, pero tampoco fue bueno. Por ello ahora te envío una piedrecita y te la seguiré enviando mientras vivamos. Si la conservas en la cartera te protegerá, si la dejas en un cajón tampoco será inútil, pero si la tiras será lo mejor. Porque, sabes, Max, mi amor por ti es mayor que yo y es más bien que yo vivo en él, no él en mí, y por lo demás en mi esencia insegura tiene un mal soporte, de modo que con la piedrecita obtiene un refugio en una roca, aunque no sea más que una grieta en el adoquinado de la Schallengasse. Desde hace tiempo ella me ha salvado con más frecuencia de lo que tú piensas y precisamente ahora, que estoy más desorientado que nunca y que en plena consciencia no me siento sino medio adormecido, así, extremadamente ligero, justo apenas —ya que deambulo como con entrañas negras—, en este estado sienta bien tirar una piedra al mundo y de este modo separar lo seguro de lo inseguro. A cambio de esto ¡qué son los libros! Un libro comienza a aburrirte y no acaba o un niño rompe el libro o, como el libro de Walser, ya está arruinado cuando lo recibes. En cambio en una piedra no hay nada que pueda aburrirte, una piedra de éstas tampoco puede destruirse y si ocurre, será dentro de mucho tiempo, tampoco puedes olvidarla —porque no estás obligado a recordarla— y por último, nunca podrás olvidarla definitivamente porque en cualquier camino de gravilla la volverás a encontrar, precisamente porque es una piedra cualquiera. Y tampoco podía dañarla mediante un gran elogio, ya que el daño por elogio resulta únicamente del hecho de que lo elogiado es aplastado, dañado o confundido por el elogio. Pero ¿la piedrecita? En síntesis, he buscado para ti el más hermoso regalo de cumpleaños y te lo hago llegar con un beso que ha de expresar el agradecimiento inútil de que estés aquí. Tu Franz.»

A través de este epistolario tierno y áspero, entrañable y exigente, dolido y esperanzado (siempre la esperanza de decirlo todo), Kafka continúa atestiguando sus múltiples vicisitudes y sus obsesiones encontradas. «No puedo escribir, no he escrito un renglón que me parezca válido» (Berlín, 9.12.1910) o este impresionante testimonio: «Todo lo que poseo se dirige contra mí; lo que se

dirige contra mí ya no lo poseo... Si me duele el estómago, no consigo diferenciarlo eficazmente de un desconocido que desea atacarme. Pero lo mismo puedo afirmar de todo. Estoy hecho únicamente de pinchos que me penetran, pero si intento resistirme y emplear la fuerza, se me clavan más adentro... De hoy en adelante creeré, firme, constante e incontrovertiblemente que una bala sería lo mejor. Me limitaré a evadirme por medio de un tiro del lugar donde no estoy». Es verdaderamente emocionante la manera en que Kafka trata de comunicar a su amigo los acechantes fantasmas que lo habitan, sus alucinaciones persecutorias, su hipocondría manifiesta, su cuerpo siempre vulnerable, su fugaz y dramática consciencia de una realidad posible y gratificante, su impulso incontrolado a encontrar en las cosas una virginidad previa a su propia mirada, el lugar donde no está y desde el cual se impone atrapar una imagen inocente antes de su inexorable contaminación. «He comenzado esta carta con un lamento únicamente para que me reconozcas de inmediato» (Oybin, 23.4.1911) o «Tengo la tonta idea de querer engordar y a partir de allí curarme, como si lo segundo o tan siquiera lo primero fuese posible» (Harzburg, 18.7.1912) o «¿Realmente querrás aconsejarme —y con qué argumentos, te lo ruego— que publique conscientemente algo malo, lo cual posteriormente me repugnaría» (Praga, 3.8.1912) o «Nada, Max, nada» (Praga, 1.11.1912) o «Estoy extendido en el suelo, partido en rodajas como carne asada y con la mano arrimo una rodaja a un perro que se halla en un rincón» (3.4.1913).

Kavka es palabra checa que significa chova, de la familia de los cuervos. Una querida amiga, bióloga, Pilar Díaz de León, me explicó la existencia de dos tipos de chova: la piquigualda y la piquirroja. Por su información, Kafka pertenecería a la variante piquirroja (pico y patas rojas), que es la que habita en Europa. Ave muy gregaria, tanto para nidificar como en otras épocas. Su vuelo es ágil y acrobático sobre todo cuando son vuelos nupciales y su reclamo es musical. ¿Una premonición de los insalvables impedimentos que viviría Franz Kafka?

Como apellido judío de Bohemia, los Kafka existían desde el siglo XVII pero sólo desde 1878, por decreto del emperador Josef II (*Toleranzpatent*), se pudieron elegir oficialmente nombres checos para familias judías, porque hasta ese entonces las familias judías sólo podían —insisto, oficialmente— usar nombres hebreos. Simul-

táneamente el mismo decreto prohibía hablar yiddish o hebreo en las transacciones comerciales. Cuando su antepasado eligió un cuervo —insistiendo en un apellido como nombre de animal, nombres vistos peyorativamente desde la mirada del gentil, del no judío— fue quizá para Kafka, para la fantasía de aquel niño inauditamente imaginativo, el estímulo a una primera identificación con animales (gusanos, perros, ratones, roedores de toda especie, monos, topos, caballos, cuervos, transitan innumerables páginas de su obra) aunque esta identificación fuere, repito, una elección que podríamos llamar masoquista. Ni una sola vez la palabra *judío* aparece en la obra de Kafka pero sí el nombre checo y sus evidentes identificaciones: Raban, K., Samsa, Joseph K., Karl Rossman, etc., ¿burla de aquel pasaporte que presuntamente les permitiría intentar incluirse normalmente en el mundo no judío? Aquel «habitante de los sótanos» no necesitó mostrarse judío en su obra: le bastaba con identificarse con animales. El desprecio checo era el mismo. Como nieto de un matarife ritual (*schoijet*) Kafka tuvo que verse singularmente conmovido por la histeria antisemita que desató la acusación de que un judío, Leopold Hilsner, había asesinado a Anezka Hruzova en Polna, al noroeste de Bohemia, y que la sangre de la víctima había sido usada en la fabricación de *matzot* (bizcochos de pan sin levadura que tradicionalmente se comen durante la celebración de la Pascua judía). Estas historias eran siempre reivindicadas por los militantes nazis (¿estamos hoy mismo ante semejante posibilidad?). En aquella ocasión una multitud se precipitó sobre la ciudad vieja de Praga volcando tenderetes, atacando comercios y golpeando a judíos. En numerosas ciudades de Moravia sucedió lo mismo. Kafka —una de las razones de cuyo vegetarianismo era la repulsión que le causaba su abuelo degollando ritualmente animales para extraerles la sangre— debió haber sentido muy profundamente aquellas circunstancias porque en algunas de sus pesadillas (y en algunas ficciones) el cuchillo de un carnicero antisemita amenaza con darle muerte. No creo pecar excesivamente de deformación profesional si señalo que las identificaciones con animales eran, en ese sentido, una actitud reparatoria y una manera de oponerse a la plebe asesina. La actitud masoquista y la reparatoria se fundían en el abrumado pecho del autor de *El Castillo*.

El día 9.11.1913 desde Riva, escribe Kafka a Brod esta otra desgarradora secuencia: «La necesidad de estar solo es algo autónomo, estoy ansioso de estar solo, me espanta la idea de un viaje de bodas, me repugna cualquier pareja de recién casados, ya sea que entable relaciones con ellos o no, y cuando quiero provocarme repulsión no tengo más que imaginarme que pongo mi brazo en torno a las caderas de una mujer. Esa es mi realidad: no puedo vivir sin ella pero tampoco puedo vivir con ella (...) Yo debiera ser conducido al desierto a varillazos».

Ese mismo personaje —autopunitivo, melancólico, descontento, irritable, muchas veces misántropo— es el que puede escribir estas conmovedoras palabras: «Vi confianza en los ojos de una mujer y no pude mantener los míos cerrados» (carta a Brod del 12.7.1916, hablando de Felice Bauer). En todo momento Brod es su confidente más cercano, su alter ego dialógico, aquel que sí podía encontrar la llave de la puerta anhelada. *Schloss* significa en alemán tanto «castillo» como «cerradura» y *Schrift* significa Ley y escritura. La llave, pues, conduciría a poder encaminarse con clarividencia en la espesa trama de sus interrogantes metafísicos, de sus dudas inveteradas, de sus inseguridades existenciales, de su literatura insomne («No tengo aficiones literarias. Estoy hecho de literatura»), de su obstinada impotencia.

Poder ingresar en el castillo del Emperador de la China donde Dios ha instalado su verdad absoluta, poder —¡qué anhelo el de poder para este hombrecito genial!— finalizar de construir la muralla como si fuera la torre de Babel, poder salir de Praga como un agónico sueña salir de su prisión de carne y huesos, poder emerger de la desesperación de la neurosis como «rata enjaulada» que muerde su libertad, poder, en fin, gozar de un sentimiento de pertenencia a una comunidad que lo salvara del disparo final («Kleist se mató de un disparo. Quizá fue el único que encontró la solución correcta». Carta a Felice del 2.9.1913). Brod —repito— es el depositario privilegiado de estos estremecimientos. Pero no sólo por estas cartas, donde la relación es pública, sino por el ininterrumpido diálogo que mantuvieron hasta la muerte de Kafka, donde su lealtad, su protección, sus mediaciones prójimas, su inocultable admiración por su amigo incanjeable, su mano siempre tendida, hicieron de él un estremecido ejemplo de amor y lealtad. Críticos que miran la vida por el ojo de una cerradura estrecha

han podido cuestionar esta amistad pero el mismo Kafka los desmentiría repetidamente, con cartas como la ya registrada más arriba y algunas veces con frases dignas de la más honda introspección psicoanalítica: «Soy tremendamente parecido a tu mujer, tan parecido que si se mira someramente podría decirse que somos iguales» (carta de finales de mayo de 1921).

Max Brod nació en 1884 en Praga, hijo de un director de banco, trabajó en la dirección de correos de su ciudad natal, fue crítico musical del *Prager Tageblatt* (oficio que más tarde le permitiría sobrevivir en Tel Aviv), se casó, tuvo hijos, publicó más de cuarenta libros, asumió su militancia sionista viviendo en Palestina desde 1939, dio cientos de conferencias, fue traductor al alemán de numerosos libros y de los libretos de las óperas de Janacek y supo del reconocimiento mundial (cosa que en aquel mismo tiempo hubo quien no le perdonó). Kafka, por contrario imperio, como su médico rural, recorre un largo camino hasta el fétido lecho de dolor de una joven paciente que al principio quiere morir y luego grita su amor a la vida mientras en su incurable herida reptan miles de gusanos. «Si quiero girar a la derecha, primero voy a la izquierda y luego, tristemente, me desvío hacia la derecha. El motivo principal tal vez sea la ansiedad: no hay problema en torcer a la izquierda, puesto que, de todos modos, tampoco quiero ir en esa dirección». Por eso Kafka no es sólo el incomparable cronista de las vicisitudes de la identidad, de la burocracia y el provincianismo, sino un animal metafísico herido que —como en el cuadro *La Jurisprudencia* de Gustav Klimt— se ha transformado en un viejo feto prisionero de una matriz con tentáculos. «Praga no me abandonará. La pequeña madre tiene garfios», escribirá a Brod. Praga es para él sinónimo de enfermedad. Cuando Kafka debió regresar a Praga porque su enfermedad y su miseria económica le obligaban a acudir —otra vez— a sus padres, escribió: «Triste, nervioso, físicamente enfermo —miedo a Praga— en la cama» (postal a Brod del 22.10.1917). Y agregaba en su tercer cuaderno en octavo: «Camino de Praga: una transición de la libertad hacia la servidumbre y el abatimiento». O en esta carta a Brod (6.7.1922): «En el futuro me quedaré limitado a Praga, luego a mi habitación, luego a mi cama, luego a una determinada posición, luego a nada».

Una breve mención de Praga: en ninguna otra ciudad europea se encuentra un entrelazado tan natural entre el gueto judío y el panorama general de la ciudad. El edificio de la comunidad en estilo gótico y su «reloj judío» (cuyas agujas giraban en sentido contrario al habitual), el viejo cementerio con sus lápidas fantasmales y cabalísticas y con su extraña arquitectura de tumbas amontonadas como si de un gigantesco Golem se tratara, esa atmósfera intraducible y única donde uno siente a sus espaldas los inquietos pasos de un Job de nuestro tiempo, el nuevo cementerio judío donde en un sencillo bloque de granito habita el nombre de *Dr Franz Kafka*, escrito en caracteres latinos y más abajo en hebreo, todo en Praga es memoria de la niebla y destino de melancólicos.

«Estos escritos son para mí de una manera que a todo el que me rodee le parecerá cruel (por no decir *inauditamente cruel*), la cosa más importante del mundo, algo así como la locura para el loco (que, si la perdiera, se volvería loco) o la preñez para la mujer. Esto no tiene nada que ver con el valor de lo que escribo, lo repito una vez más, pues tengo absolutamente claro cuál es el valor, pero también sé el valor que tales trabajos tienen para mí» (carta a Robert Klopstock). Podríamos reproducir cientos de secuencias semejantes en las cartas a Brod. Siempre el destinatario es su amigo privilegiado, consciente que justamente ese amigo es su albacea, cualquiera sean las vicisitudes y contradicciones que Kafka sufra. El 20.5.1924 escribe su última carta desde el sanatorio de Kierling, ya al borde de la muerte: «Muy querido Max: ¡y finalmente también ha llegado el libro!, es una maravilla verlo, llamativo, amarillo y rojo con algo de negro, muy seductor, y además gratuito (...) Quizás habría sido mejor utilizar una fuerte inyección de alcohol cuando viniste, quizás así habría conseguido un aspecto más humano, esperaba con tanta alegría tu visita y resultó tan triste. Pero en todo caso no fue un día absolutamente malo, no lo creas, sólo fue peor que el anterior. Desde luego que junto a estas lamentaciones también hay pequeñísimas alegrías, pero es imposible comunicarlas o quedan reservadas para una visita, como aquella que yo fastidié de manera tan lamentable. Que estés bien, gracias por todo. F.». Una reflexión final: Kafka habla de un libro «amarillo y rojo con algo de negro», como si la chova piquigualda y la piquirroja se hubieran amalgamado en la piel, expresando la totalidad de aquel cuervo nacido

para lo gregario y lo musical, nacido para nidificar y prolongar, nacido para pertenecer y compartir, que, detrás de todas las vicisitudes y del albur insomne de su vuelo, moría convertido en un libro que lo hacía feliz porque, en verdad, él había nacido para escribirlo.

«Así, en ese estado de pacífica meditación, se quedó tranquilamente acostado, hasta que el reloj de la torre marcó las tres de la madrugada. El primer resplandor del amanecer del mundo penetró por la ventana hasta su consciencia. Entonces su cabeza, por propia decisión, se dejó ir al suelo y sus fosas nasales exhalaban el último aliento». Así muere el insecto Gregorio Samsa en *La metamorfosis*. Quizás, allí, en el sanatorio de Kierling, aquella sonrisa de un niño de seis años que juega con un caballito de madera (foto de infancia de Kafka) ha empalidecido hasta ceder finalmente su lugar al extraño interrogante final de unos inteligentes y cansados ojos negros. «No hay arribo ni partida» había escrito detrás de aquella foto de infancia.

Un pensador judío de la raza de los Kafka, Emmanuel Lévinas, escribió alguna vez «¿No es la angustia ante el ser "el horror por el ser" tan original como la angustia ante la muerte? ¿El miedo de ser tan original como el miedo por el ser?». Claro que no hay arribo ni partida porque el temor a la existencia no es que la muerte pueda ponerle fin sino porque ella excluye a la muerte, porque debajo de la muerte sigue estando allí, presencia en el fondo de la ausencia. Kafka muere pero en realidad comienza a vivir, cada vez más reconocido, cada vez más querido como nuestro testigo insobornable, como nuestro hermano más fiel, con el error de la muerte antigua riendo con sarcasmo a su cabecera. Kafka ha olvidado morir: sólo de esa manera el Castillo es accesible, es alcanzable. A través de su palabra definitiva.

Max Brod fue el intermediario de esa eternidad, en el que el deseo de Dios y la ausencia de Dios copularon en el mismo tablero metafísico, esa eternidad donde la esperanza es la esperanza de la esperanza. Escribió Kafka: «El Mesías no vendrá sino cuando ya no sea necesario, no vendrá sino un día después de su llegada, no vendrá el último día sino el postrero». Quizás el Mesías tuvo aquel día, en el sanatorio de Kierling, la forma de un libro «amarillo y rojo con algo de negro» que le había enviado su eterno albacea: Max Brod.

Franz Kafka falleció el martes 3 de junio de 1924. El 11 de junio fue enterrado en el cementerio judío de Praga. Su libro *El artista del hambre* —cuyas galeradas corrigió en sus últimos días— apareció a mediados de agosto de 1924, dos meses después de su muerte. ¿Por qué Kafka encomendó a Max Brod, su amigo fiel y el más empecinado de sus admiradores, que quemara sus libros? Sería pueril pensar en que Kafka elegía a Brod para someterlo a una opción claramente masoquista: quemar lo que más amaba. Quizás es más lícito pensar que Kafka, en su intento de conciliar siempre opciones drásticamente contradictorias, dejaba en manos de su amigo la decisión final. Cuando la carta citada, en la que Kafka pedía (ordenaba) a Brod aquel sacrificio, Brod respondió con estas palabras: «En caso de que vayas a pedirme eso totalmente en serio, te digo desde ahora que no accederé a tu ruego». Cuando Ehm Welk acusó a Brod de haber quebrantado sus deberes de amistad y de haber sido infiel a una persona fallecida actuando contra sus deseos, Walter Benjamin respondió en un artículo publicado en *Literarische Welt* del 25 de octubre de 1929 bajo el título de *Un caballero de la moral*: «La aversión del autor ante la idea de publicar su obra provenía de su convicción de que estaba inacabada y no de la intención de mantenerla inédita. Es comprensible que se guiara por esa convicción a lo largo de su vida y es asimismo comprensible que su amigo no compartiera su opinión (...) Kafka no sólo sabía que debía dejar de lado lo que ya había tomado forma en beneficio de lo que aún estaba por crear; sabía también que habría quien se encargaría de salvarlo y le liberaría a él del cargo de conciencia de dar su imprimátur a esas obras o de disponer su destrucción (...) Brod fue auténticamente fiel a Franz Kafka».

Poco antes de que estallara la segunda guerra mundial, cuando los intelectuales judíos comenzaban a ser perseguidos sistemáticamente, ante la violencia y las arbitrariedades del nazismo imperante, Max Brod salió de su país exactamente un día antes que la Gestapo entrara en Praga. En su maleta de mano, rumbo a Palestina, se encontraban todos los originales y manuscritos de su amigo de siempre. En el contrato firmado por Brod para la publicación de las obras completas de Kafka, el 11 de julio de 1924, se estipulaba que a los padres de Kafka le pertenecía el 55% de los derechos de autor

y a Dora Diamant (su compañera final) el 45%. Brod no percibió honorarios en ningún momento.

Cuando Klopstock vio el cuerpo exánime de Kafka, escribió: «La dulzura de su existencia humana ha desaparecido: sólo su espíritu incomparable se refleja aún en su rígido y querido rostro. Está tan hermoso como un busto de mármol». Aquella piedrecita que había regalado a Brod fue depositada en su tumba. Kafka no llegó a vivir que —como el pueblo al que pertenecía— no sólo el Libro es la última morada y la dispersión en el tiempo esa patria portátil de los judíos, sino la afirmación de que la estancia terrestre es posible y que existe una pertenencia última, que el camino sin fin de la errancia admite, a veces, la certidumbre del fin sin camino.

Arnoldo Liberman

Dos novelas de Alcides Arguedas*

No es necesario insistir sobre la importancia que la colección Archivos, dirigida por Amos Segala, está adquiriendo en el ámbito de los estudios hispanoamericanos, a pesar de la lentitud con la que los volúmenes van

Alcides Arguedas, Raza de bronce, Wuata Wuara, edición crítica coordinada por Antonio Lorente Medina, Madrid, Col. Archivos, 1988.